

Carlos Rangel y la mitología populista

Leandro Cantó

Contundente en sus tesis, dialéctico en sus expresiones, defensor a ultranza de la libertad, Carlos Rangel es hoy un símbolo latinoamericano. Autor de libros que le abrieron las puertas en los círculos intelectuales europeos, este hombre venezolano, fallecido hace unos meses en Caracas y desde su fundación miembro del consejo editorial de *CIENCIA POLITICA*, combatió la mediocridad política que conduce al populismo, e hizo de su teoría una obra de inspiración para nuestros países. Este ensayo penetra en sus ideas fundamentales, las mismas que en alguna ocasión fueron injustamente criticadas y que hoy son de una actualidad y vigencia abrumadoras.

* * *

MI PRIMER Y ÚNICO ENCUENTRO PERSONAL con Carlos Rangel fue a finales de 1987, cuando me correspondió el honor de moderar el foro sobre libertad de expresión organizado por el Centro de Divulgación del Conocimiento Económico —CEDICE—, de Venezuela, dentro del marco de su evento aniversario en la Universidad Metropolitana. Intercambiamos algunas ideas durante unos minutos y luego pasamos al salón, junto a Luis Pazos y José Vicente Rangel. Nunca más hablé con él.

En su firme estilo, tajante y entrecortado, Rangel defendió un principio fundamental para la justa expresión del pensamiento: sólo medios de comunicación verdaderamente libres pueden acoger la libre expresión. Sus palabras impresionaron al público asistente, acostumbrado a ver el estereotipo de un moderador y entrevistador televisivo; la gente se arrellanó en sus butacas al escuchar a Rangel leer un largo párrafo sobre la libertad y muchos sonrieron cuando vieron aquel personaje de todos los días convertirse en un ameno y polémico expositor.

Las ideas de Rangel tuvieron muchas malas fortunas, como la siguen teniendo las ideas de otros serios defensores de la libertad. Un país aclimatado a la retórica populista de los oradores del 28, un tema reiterativo y poco original que, sin embargo, ha dado origen a toda una cultura política, terminó por darle forma a un esquema de pensamiento político, económico y social demasiado alejado de las grandes y fundamentales ideas que Rangel defendió desde sus tribunas. Sin embargo, igual que como él celebraba el lento pero seguro triunfo de las ideas de Joaquín Sánchez-Covisa, de la mis-

IV TRIMESTRE 1988

ma forma podemos decir que los principios que defendió y difundió han ayudado a esa "labor de desintoxicación, cuyos frutos estamos cosechando".

Ello fue posible gracias a dos textos fundamentales del pensamiento liberal latinoamericano "Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario" y "El Tercermundismo". La crítica salvaje de la izquierda demuestra cuán duro fue el buril de Rangel con una cultura que se creía ya sacralizada: los pensadores de la ultraconservadora izquierda latinoamericana nunca se imaginaron que alguien iba a despellejar con tan acertada cirugía su mitología. Rangel lo hizo: es posible que no fuera su intención destruir, pero lo hizo y, aunque el tiempo permitió que cerrasen las heridas y la hipocresía del discurso populista terminase elogiando al Rangel ya ido, no existe político de la camada terciermundista que en su fuero interno no lleve el estigma de la cruda interpretación que hiciera Rangel de nuestra realidad.

El propósito de este ensayo es explorar la obra mayor de Rangel. Cuando la crítica ayuda a comprender al intelectual, ¿qué importancia tiene la apología forzada de la desaparición física? Rangel sabía el riesgo que corría: todo pensador debe partir del supuesto de que su obra es siempre sujeto de observación. Yo quisiera no sólo recordarla, sino incluso ampliarla a la luz de los acontecimientos actuales. Espero que ello ayudará a decantar la esencia de la obra de Rangel y a convertirla en una fuente importante de inspiración de cosas trascendentes, descartando los lugares comunes que la mediocridad política populista quiere fomentar.

Izquierda y Subdesarrollo

CARLOS RANGEL NO CREÍA EN LA IZQUIERDA; se negó a aceptarla y le cerró las puertas a sus argumentos más comunes, una vez constatados algunos hechos elementales. Veamos algunos de ellos.

El aporte del pensamiento de izquierda al cambio social en América Latina y el resto del mundo en desarrollo, dio origen a un freno fundamental al crecimiento económico de nuestros pueblos. La clave de este proceso es la compasión; los pueblos latinoamericanos se convirtieron en especies de mendigos continentales, lastimosamente observados por los iluminados de una izquierda sabia. Para justificar su posición ante el mundo y la historia, la izquierda continental acudió a la mitología del "buen salvaje" y se refugió en la leyenda de la "raza cósmica" para encontrar un justificativo a tamaño fracaso.

Rangel buscó decir que el fracaso estaba latente en nuestras contradicciones mismas. En sus líneas, pareció convencido de ello. No haberlo manifestado explícitamente pudo ser un acto de prudencia que no se compagina con la aguda crítica que elabora de las tesis socialistas en sus dos obras centrales "Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario" y "El Tercermundismo". La segunda, mucho más coherente y sistemática desde el punto de vista meramente formal se apoya en el esquema conceptual que nació en la primera.

Lo importante en el caso de Rangel es que su crítica se ajusta a la realidad circundante. La mera observación del atraso existente en los países

aferrados a las doctrinas clásicas del terciermundismo, como la teoría de la dependencia, demuestra fehacientemente el error conceptual de fondo, proveniente a su vez de las teorías socialistas de la explotación internacional. En el fondo, es la tesis de que "los países capitalistas avanzados deben su desarrollo únicamente, principalmente o por lo menos decisivamente, gracias a que han explotado a los 'países proletarios', y que el sistema capitalista es en lo esencial un mecanismo de confiscación, por los primeros, de la plusvalía producida por el trabajo de los segundos y de saqueo de los recursos naturales que se encuentran en sus territorios" (Tercermundismo, página 100).

La casi obsesiva tesis central de los trabajos de Rangel está perfectamente resumida en la observación de que el mundo llegó a caer en la tentación de "apuntalar teorías (como la de que el subdesarrollo es debido enteramente al Imperialismo y la dependencia) cuyo denominador común es la hipótesis de que el atraso *jamás es culpa de quienes lo sufren* y siempre de algún demonio extranjero". (Tercermundismo, página 99, subrayado nuestro). Ya en el "Del Buen Salvaje...", Rangel esgrimió el mismo argumento, circunscribiéndolo al contexto latinoamericano: "Estas sencillas verdades sobre el origen de la prosperidad y el poder de los EE.UU. antes de toda relación con América Latina, han sido hoy sustituidas por entorchadas explicaciones sobre cómo el auge norteamericano estaría en relación directa con el atraso del resto del Hemisferio, cuya explotación por los yanquis sería la causa principal, y hasta única, tanto de la riqueza norteamericana como de la pobreza latinoamericana, *del éxito de ellos y de nuestro fracaso*". (Del Buen Salvaje..., páginas 54 y 55, subrayado nuestro).

El problema central de estas tendencias se encuentra, de acuerdo a las reflexiones de Rangel, en la trasposición del leitmotiv de la explotación, generado por el pensamiento marxista convencional, a un plano internacional. De esta forma, la generación del terciermundismo es el fruto de "un calco de la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado" (Tercermundismo, página 71). Sin embargo, el mismo Rangel reconoce que estas tesis no pudieron haber calado en el mundo ex-colonial, de no haber existido primero una causa fundamental, a la que el autor da una descarnada definición al afirmar que "son —Tercer Mundo— aquellos países cuya falta de estima por sí mismos y de fe en sí mismos, y la consiguiente carencia de confianza en sus posibilidades de desenvolvimiento dentro del sistema mundial capitalista, los inclina a aceptar difusa o tajantemente, como explicación de sus problemas, las tesis hobsoniano-leninistas sobre el Imperialismo y la dependencia" (Tercermundismo, página 79).

La documentación actual en materia de crecimiento económico no deja lugar a dudas en lo que respecta a la debilidad conceptual de la teoría de la dependencia como explicación del subdesarrollo; Rangel estaba completamente convencido de que los países deberían progresar de acuerdo a ciertas cualidades sociales de sus habitantes y no de acuerdo a un simple esquema destruido por la evidencia como lo es la "justificación" de que no se puede progresar cuando los países centrales capitalistas se adueñan de las riquezas naturales y del trabajo de los pueblos menos desarrollados. Esa tesis de Rangel no es ni causal ni mucho menos un invento personal; en sus

libros mostró siempre una cultura vasta y un serio sentido de la documentación, aunque en la tradición del ensayista y no la del científico social a la moda actual.

La revisión de las fuentes realizada para su trabajo "Del Buen Salvaje..." permitió tomar las observaciones realizadas por Tocqueville y Miranda sobre el origen y la expansión del progreso de los Estados Unidos: "los norteamericanos van a tomar del mito del Mundo Nuevo el optimismo, la confianza en sí mismos como destinados para construir una sociedad mejor que la europea, donde deberá existir la igualdad social y de oportunidades, y donde tendrán vigencia los derechos humanos juzgados naturales por el liberalismo, tales como la vida, la libertad y la posibilidad de procurar cada cual la felicidad". (Del Buen Salvaje..., página 48). De ahí se desprende su certeza de que los pueblos que surgen y triunfan, lo hacen a expensas de su propia capacidad para hacerlo y se caracterizan por revisar críticamente sus éxitos y fracasos, sin tener que acudir a la permanente fuente de inspiración de las justificaciones míticas, tradición eminentemente tercermundista.

La América Latina que identificó Rangel dista mucho de pertenecer a la "Raza Cósmica" que decretara Vasconcelos en México; Rangel acusa descarnadamente a los latinoamericanos de vivir un complejo profundo, una tara psicológica social y una absoluta carencia de objetividad histórica. "Enfrentarse a los EE.UU., romper con los EE.UU. y realizar así la ambición secreta que vive en el corazón de cada latinoamericano: desafiar a los EE.UU., romper con los EE.UU., como desquite no sólo por los atropellos y las humillaciones particulares y concretas sufridas por los latinoamericanos colectiva o individualmente a manos de los yanquis, sino sobre todo por la *humillación y el escándalo —generales— que significan el éxito norteamericano y el fracaso latinoamericano*". (Del Buen Salvaje..., página 85, subrayado nuestro).

La mejor prueba de que Rangel estaba en lo cierto es que muchos otros países han roto definitivamente con las tesis económicas del tercermundismo y, desde que así lo hicieron, han dado el "gran salto" hacia el progreso económico. La derrota empírica de las tesis de la teoría de la dependencia fue liderizada por los países del Pacífico Occidental, como Corea, Taiwan y Singapur; la prosperidad de Australia y Nueva Zelandia no se explica sino justamente por haber "aceptado el reto", como nos parece diría Rangel al respecto, y la esencia del reto es aceptar la vigencia de la economía de mercado como explicación coherente y sistemática del progreso económico efectivo, constante y autosostenido.

La apología del capitalismo

RANGEL DEFINIÓ AL CAPITALISMO COMO UN SISTEMA NO IDEOLÓGICO, no edificado para corresponder a teorías preconcebidas, sino natural, mediante el cual se ha producido un crecimiento económico insólito, primero en ciertas áreas de Europa Occidental, pero luego en el mundo entero, inclusive allí donde la economía de mercado no corresponde en principio a la idiosincrasia local o bien ha sido deliberadamente bloqueada o destruida por causa

del primitivismo económico pre-capitalista o en nombre del Socialismo (o por ambos factores unidos)". (Tercermundismo, página 172).

"Adicionalmente (y esto es aún más importante) —prosigue Rangel— el Capitalismo es el sistema no ideológico, no edificado para ajustarse a teorías preconcebidas, al cual corresponde de forma orgánica el desarrollo de las libertades políticas. Es bajo la lógica del Capitalismo que los gobiernos dejan de ser arbitrarios y despóticos, para someterse gradualmente a las estructuras jurídicas institucionales según las cuales la protección de los derechos de los ciudadanos y la limitación del poder del Estado son, por principio, la razón de ser de la política" (Ibidem).

La esencia de la oposición entre capitalismo y socialismo es que, mientras el primero nace de los procesos económicos, sociales y políticos de la Europa medieval, el segundo se *conci*be como un sistema alternativo al primero y se plantea como el único medio capaz de destruir lo "demoníaco" del capitalismo, a saber, la explotación del hombre y los procesos de acumulación de riqueza en manos de un puñado de personas. El socialismo se fundamenta en una razonable tendencia del hombre decimonónico a querer alterar el libre transcurrir de los acontecimientos, resultado de la revolución técnica de la época. La necesidad de subvertir la naturaleza hizo posible que los aviones volaran y que el átomo fuera fisionado; en consecuencia, ¿qué de malo tiene que querramos hacer una "ingeniería social y política" para evitar que los trabajadores sufran las inclemencias de un sistema económico desigual?

Por sus orígenes, autores y desarrollo, el socialismo es un esquema teórico manipulado hasta ser llevado a una práctica tachonada de contradicciones, fracasos y "ajustes" al estilo Perestroika. Como sistema, el socialismo exige de sus conductores una situación divina, un estar por encima de y en capacidad de modificar las acciones humanas en periodos de tiempo relativamente corto, lo que equivale a la planificación social elocuentemente reseñada por el Antiguo Testamento a propósito del Pueblo Elegido y su relación con Jehová. Esta condición divina del líder socialista se contradice en los hechos; los países así conducidos han terminado en insalvables dificultades económicas que sólo la riqueza natural y las masivas inversiones del Estado han logrado minimizar. Pero el punto de no retorno, es decir, la sistemática incapacidad de las economías socialistas para superar el límite de sus propias fuerzas productivas, ha sido alcanzado, afortunadamente en vida de Carlos Rangel, para demostrar que, independientemente de las teorías, si algo es evidente es que el capitalismo ha dado y sigue dando sus frutos en la forma prevista por él.

Sus ideas quedaron claramente expuestas en "El Tercermundismo" al señalar que "el Capitalismo, lejos de empobrecer a las masas, ha mejorado su situación por encima de ninguna expectativa sensata jamás concebida. Además, ha mejorado la situación de los pobres mucho más que la de los ricos" (Op. Cit., página 173). Esto es un argumento tanto más irrefutable cuanto vemos la acumulación de evidencias materiales al respecto, comenzando por el lamentable error de dividir política y económicamente naciones como Alemania y Corea, destacando las diferencias de calidad de vida,

ingresos y recursos disponibles de ambos lados de la frontera política creada. Luego sobrevienen las evidencias insalvables de países como Puerto Rico y República Dominicana, vecinos de la misma geografía y, sin embargo, tan distantes en materia de desarrollo económico.

Rangel reconoció que, a medida que luce imposible demostrar la superioridad del socialismo sobre el sistema de economía de mercado, los teóricos inventan nuevas y sofisticadas maneras de contradecir al capitalismo y justificar así el proyecto de ingeniería social que desarrollaron sus antecesores. Una de las teorías de justificación ha sido el "tercermundismo" tan oportunamente criticado por Rangel en su libro y que con tanta facilidad suscribimos los latinoamericanos como doctrina ya no solamente de los intelectuales, sino incluso como bandera enarbolada por nuestros dirigentes políticos en la retórica cotidiana. No recuerdo haber leído en su libro una frase que dijera que el Tercermundismo es la internacionalización de la demagogia populista, pero sin duda que Rangel así lo pensaba y creía, como subyace a lo largo de su ensayo sobre esta modalidad pseudocientífica de activismo político.

Aceptación de una realidad

LA PARTE MAS CORTANTE DEL PENSAMIENTO de Rangel no era su identificación irreversible con la sociedad capitalista occidental, sino la rudeza con que se entregaba a la demolición de los mitos socialistas. El hecho de que un latinoamericano apareciera ante el mundo propagando un texto como lo es "Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario" fue de por sí un rudo golpe contra la tradición intelectual de nuestro continente. Al abrir sus páginas, Rangel aclara su punto de vista al advertir al lector que, "la conclusión la plus certaine, la plus exacte et la plus complète à laquelle on puisse arriver à propos de l'Amérique latine est que jusq̄a nos jours elle a constitué un échec". ("La conclusión más certera, más exacta y más completa a la que se puede llegar a propósito de América Latina es que, hasta nuestros días, ha constituido un fracaso". Du Bon Sauvage au Bon Révolutionnaire, primera edición en francés, páginas 20 y 21).

El fracaso pregonado por Rangel no era otro que el de una sociedad latinoamericana ahogada en sus propios complejos, su fracaso político y económico y, finalmente, la inserción de sus penas en una mitología. Ante estas descarnadas observaciones de Rangel, ¿podemos inferir que su visión era esencialmente pesimista? ¿Podríamos suponer que Rangel esperaba muy poco o nada de nuestros países latinoamericanos y del Tercer Mundo en general? ¿Cuáles eran las posibles alternativas que abría Rangel en sus escritos como medios para sacar a los países subdesarrollados de la mitología socialista y convencerlos de que estaban llamados a pertenecer activamente al mundo capitalista en plena expansión?

El 30 octubre de 1985, Rangel pronunció un sencillo discurso a propósito de la inauguración de la nueva sede de CEDICE. Creo que en esa ocasión respondió a estas interrogantes por persona interpuesta, al citar a Hayek: "Por inercia, los dirigentes políticos en casi todos los casos siguen pensando en términos de conveniencia, o en todo caso de la inevitabilidad

de alguna forma de Socialismo y, aún liberales, suponen políticamente no factible desembarazar a sus sociedades de todos los lastres, impedimentos, distorsiones y aberraciones que se han ido acumulando, incorporados a la legislación, pero también a las costumbres de la administración pública, por la influencia de la ideología socialista". (Tiempo de Conocer la Libertad, páginas 7 y 8).

Rangel recuerda que Hayek había fundado la Sociedad Mont Perle para acoger el pensamiento y la acción de aquellas pocas personas que todavía creían en la economía de mercado. Hayek explica que decidió mantener esa actividad "porque nos dimos cuenta de que la situación en que habíamos estado años antes en Europa, en los Estados Unidos y en Japón, es la situación en la cual se encuentran hoy quienes defienden la economía de mercado en los países en desarrollo". (Ibíd, página 9). El optimismo de Rangel se resume en una frase importante de su discurso: "Esa es, en efecto, la situación en la cual nos encontramos quienes en Venezuela defendemos la economía de mercado. Pero podemos decir como Hayek que, aunque seguimos estando en una situación peligrosa, ya no lo es tanto como lo fue ayer". (Ibidem).

El medio para combatir el tercermundismo y los complejos que hunden a las economías como la venezolana en el retraso estaba claro para Rangel; primero que nada retomar un liderazgo intelectual, demostrar las realidades económicas y políticas contrapuestas entre los dos sistemas en pugna y ayudar a la reflexión sistemática acerca de las posibilidades de cambio político y económico en medio de una cultura tercermundista profundamente anclada en la mentalidad de nuestros pueblos. Lo que quizás más preocupaba a Rangel era la existencia de esa nueva clase dirigente formada por los "expertos en desarrollo" que "se dedicaron a la tarea inversa", es decir, a despromover el desarrollo a través de la difusión de teorías tales como la dependencia, la explotación de la periferia y el subdesarrollo explicado por el imperialismo.

Mucho me impactó la frase de Rangel que apuntaba a muchos de nosotros: "Vemos a hombres que en sus días de estudiantes universitarios juraban por el marxismo, y hasta por el marxismo leninismo, persuadidos ahora de que no sólo el marxismo es inviable, sino inclusive la social democracia y el social cristianismo". Durante años, el ambiente intelectual de nuestra formación estuvo dominado por la visión marxista y nos hizo satélites de las teorías concebidas para explicar el fracaso de la dirigencia populista. Y lo más chocante de Carlos Rangel era que sus libros herían profundamente tales planteamientos; el tiempo le dio la razón y, con ello, venció a quienes, obnubilados por el hedonismo marxista, querían quemar en la plaza pública los libros del hereje.

Se atribuye popularmente a Churchill el haber dicho que, quien a los 20 años no es socialista, carece de corazón y que, quien continúa siéndolo a los 30 años, carece de cerebro. Las personas pueden llegar a los 100 años creyendo desesperadamente que el socialismo es la solución a los problemas de la humanidad si no existen autores como Carlos Rangel que se dediquen a demoler los mitos que alimentan esas creencias. Después de un periplo in-

telectual, que me condujo irremediablemente a la certeza de que la economía de mercado es el único mecanismo para asignar eficientemente los recursos del mundo que, demás está decir, son muy escasos todavía, puedo afirmar que nuestro error fundamental radica en creer que las vías de la naturaleza deben ser necesariamente sustituidas por una suerte de ingeniería humana. La economía de mercado es tan natural, que parece salvaje, irracional y carente de relación con la búsqueda de una ética social coherente con el grado de avance del hombre actual.

La naturalidad de la economía de mercado apunta hacia imprevistos, ciclos y ajustes, que son los justificativos más comunes de los políticos, improductivos por naturaleza y consumidores de la escasa riqueza del mundo por definición. La economía de mercado es darwiniana en su esencia y desplaza al menos capacitado para ejercerla; los derechos humanos que se gestaron en la acción política del liberal, no del marxista, protegen a esos incapaces, pero en contrapartida desean construir un sistema que anteponga sus derechos a los de aquellos que les dieron carta de ciudadanía en el mundo moderno. Antes que tiranía política, el concepto de la sociedad planificada es la revancha de quienes no pueden triunfar por sus propios medios en una sociedad competitiva; el dirigismo disfraza la mediocridad de racionalidad, y sobrevive porque los que invierten, arriesgan y compiten en los mercados, generan suficiente riqueza para que el presupuesto del Estado permita la existencia de estos planificadores sociales, estos revolucionarios de auditoría internacionales que Carlos Rangel convirtió en sujetos sospechosos al decir en su libro una verdad incuestionable:

“Es ésta la causa fundamental del malestar del Tercer Mundo: una actitud ambivalente, casi esquizofrénica con relación a la cultura propia, y en particular hacia el instrumento cultural básico que es el lenguaje. A partir de tal situación es inevitable un sentimiento doloroso de inferioridad, el desprecio y hasta el odio contra sí mismo, y en consecuencia desesperación”. (Tercermundismo, página 79).

El problema de muchos políticos, y de los teóricos que los secundan, es que no pueden aceptar la sencilla realidad que les mostró Rangel en sus escritos, porque entonces perderían sus tribunas, sus frases prefabricadas y su credibilidad. El problema del miedo a la verdad forma parte de los complejos tercermundistas; la impermeable mentalidad del populista a las evidencias del desarrollo capitalista se fundamenta en el hecho de que es más fácil acceder al poder y manejarlo libremente cuando las personas piensan que la solución a sus problemas están en manos de unos iluminados por alguna extraña divinidad, y no en las suyas propias. Los sacerdotes egipcios, que atemorizaban a reyes y comunes con sus predicciones astrológicas, andan por las calles de nuestros países.

La misión fundamental de los hombres como Rangel ha sido y debe seguir siendo la de demostrarle a la gente las virtudes de la libre iniciativa. Es menester no sólo difundir las ideas fundamentales, la crítica profunda a los conceptos que llevan decenios de fracasos acumulados, sino además demostrar que nadie puede resolver los problemas de un país por sí solo.

El paternalismo político del populismo ha sido la modalidad más escandalosa de explotación de las masas jamás vista en el siglo XX, al poner las masas populares al servicio de las ambiciones personales de los dirigentes. Cuando los pueblos se convencen de que sólo el esfuerzo personal y la iniciativa individual conducen al progreso, comenzará a desaparecer el fantasma del dirigismo social.

Aquiles Nazoa, confeso defensor de las ideas socialistas, escribió un credo donde recordaba la inmensa capacidad creativa del pueblo. Tanto o más creemos nosotros. En consecuencia, lo importante es dejar que esa fuerza telúrica surja y conquiste nuestros países. Eso quiso Carlos Rangel y eso es lo que queremos nosotros.